



VII

«No, querido Silvio, no te he olvidado. No soy de aquellos que siguen adelante su camino sin dirigir una mirada hacia la espalda.

Mi pasado va conmigo é influye en mi presente y quizás en mi porvenir.

Tu amistad es uno de esos celajes heridos por el sol que se destacan completamente claros y limpios en el azul horizonte de mis últimos años. Con frecuencia y á pesar de lo que soy, me vuelvo para contemplarle con un sentimiento de inefable melancolía.

¡Qué tiempos aquellos, amigo mío! ¡qué tiempos

aquellos en que ambos éramos angelicalmente puros!

Nuestros pies tocaban apenas en la tierra; parecía como que teníamos alas, nuestros deseos no se elevaban en el aire y las suaves brisas de la primavera agitaban en torno de nuestras frentes la blanda aureola de la adolescencia.

¡Te acuerdas de aquella pequeña isleta cubierta de vegetación situada en el punto donde el río afecta la forma de un pequeño lago! Para ir á cualquier parte es necesario pasar sobre una plancha muy estrecha y que se plegaba de una manera extraña por el centro; un verdadero puente de cabras, y que en efecto no servía sino para ellas.

Entre el césped que cubría gran parte del vuelo se destacaban algunas florecillas, y un sendero de amarillenta tierra formaba una especie de cinturón dentro del cual estaba la isla con sus árboles sombríos y sus encantadores misterios.

Allí había gran número de mujeres que se ocupaban en extender extensas piezas de telas para blanquearlas al sol.

Te recuerdas de aquella muchacha morena y cuyos grandes ojos de salvaje expresión brillaban de un modo extraordinario entre las ondas de sus negros cabellos y que iba corriendo cerca de sus cabras amenazándolas cuando pretendían abandonar el campo para dirigir las á sus establos. ¿Te acuerdas bien?

¿Y las mariposas color de oro de vuelo desigual y tembloroso, y aquellas bajadas al río por aquellos

escalones groseramente tallados, y aquel agua límpida y serena en la cual á manera de espejo se miraba el cielo; y finalmente, nosotros mismos, verdaderas figuras que armonizaban aquel paisaje?

¿De qué nacía que pudiéramos aparecer tan unidos á aquella naturaleza tan dulce y tan apacible, y que nos confundiéramos tan fácilmente con ella?

Primavera por fuera, juventud por dentro, sol en las praderas, sonrisa en los labios, lluvia de flores en todas partes, puras ilusiones esparcidas en nuestras almas, púdico rubor en nuestras mejillas, pájaros escondidos entre las copas de los árboles, luces, perfumes, rumores confusos, el corazón que palpita, el agua que agita la rueda de un molino, suspiros de amor, murmullos producidos por las hojas de los árboles, movidas por la brisa, todo en fin, ese conjunto que constituye la breve primavera de la vida. Cuántas noches hemos pasado paseándonos lentamente por aquellas orillas del río tan cerca del borde, que con frecuencia íbamos con un pie en la tierra y otro en el agua. ¡Porqué ha durado tan poco esto!

Digo respecto á mí, porque tú, adquiriendo la ciencia del hombre has sabido conservar la candidez del niño.

El germen de corrupción que llevaba conmigo, desenvolvióse rápidamente y la gangrena ha devorado sin piedad alguna todo cuanto tenía de puro y de santo. Lo único que me ha quedado sano, es la amistad que te profeso.

Tengo la costumbre de no ocultarte nada, así sean acciones como pensamientos. Tú sabes con cuanto ardor he buscado la belleza física, qué importancia he dado á la forma exterior y con cuanto amor he considerado el mundo visible.

Estoy demasiado corrompido para creer en la belleza moral.

He perdido completamente la ciencia del bien y del mal, y á fuerza de depravación casi he descendido á la ignorancia del salvaje ó del niño.

Nada me parece ya digno de elogio ó de censura y no me sorprenden ni poco ni mucho las acciones más extraordinarias.

Mi conciencia es sorda y muda. El adulterio me parece la cosa más inocente del mundo, considero lo más natural que una mujer se prostituya, me parece que sin el menor escrúpulo sería capaz de hacer traición á mis amigos, á quienes sin vacilar, arrojaría en un precipicio si fuese con ellos paseándome por sus orillas.

Con la mayor sangre fría contemplo las escenas más atroces, y en los sufrimientos y en las desgracias de la humanidad encuentro algo que no me disgusta. Al ver cualquier calamidad que aflige al mundo, experimento cierta sensación de voluptuosidad acre y amarga como la que se experimenta al vengarse de un antiguo insulto.

¿Qué me ha hecho el mundo para que yo le odie así?

Mi odio es como mi amor, un sentimiento confuso y general que busca fijarse en algo y que no lo

puede conseguir. Llevo conmigo un tesoro de aborrecimiento y de amor que me pesa horribilmente y del cual no sé que hacer. Si no encuentro medio de repartir el uno ú el otro, ó bien los dos juntos, creo que reventaré como esos sacos llenos de plata que sin poder contener más se revientan y se descosen.

No quiero nada y, sin embargo, tengo miedo en estos momentos de armar alguna cosa.

Por supuesto, que valdría más odiar, que amar lo que yo amo.

El tipo de belleza que hace tanto tiempo he soñado, le he encontrado por fin.

He tropezado con el cuerpo de un fantasma, le he visto, me ha hablado, he tocado su mano, existe, no es una quimera. Ya sabía yo que no podía engañarme y mis presentimientos no mienten nunca.

Sí, Silvio, estoy al lado del sueño de mi vida. Mi habitación está aquí, la suya á mi lado, desde aquí veo como se agita la cortina de su ventana y la luz de su lámpara. Su sombra acaba de pasar tras de la cortina, dentro de una hora cenaremos juntos. Sus hermosas pestañas turcas, su mirada limpia y profunda, ese color de ambar pálido, esos largos cabellos negros y lustrosos, esa nariz de un corte tan fino y delicado, esas extremidades tan admirablemente modeladas, esas delicadas sinuosidades, esa pureza del óvalo que da tanta elegancia á una cabeza, todo lo que yo quería, lo que hubiera deseado encontrar distribuido en cinco ó seis personas, todo lo tengo reunido en una sola.

Lo que yo adoro más entre todas las cosas del mundo es una mano preciosa. Si tú vieras la suya, qué perfección, qué blancura, qué finura de cutis. Las manos de Ana de Austria tan celebradas, no son en comparación de las tuyas sino las manos de una labradora.

¡Y después, qué gracia, qué arte en los movimientos de esta mano, cómo el dedo pequeño se replega graciosamente y permanece un poco separado de sus hermanos.!

El pensamiento de esta mano me vuelve loco y estremece, y abraza mis labios.

Cierro los ojos para no verla, más con la yema de sus delicados dedos separa mis pestañas, entreabre mis párpados y hace pasar delante de mí visiones de marfil y nieve.

Yo deseo la belleza y, sin embargo, no sé lo que pido y sufro horriblemente.

¡No poder asimilarse esa perfección, no poderse confundir con ella ó hacerla que se confunda conmigo, no tener medio alguno de rendirla y de hacerla sentir!

Cuando veo algo verdaderamente bello, quisiera tocarlo al mismo tiempo y de todas maneras. Quisiera cantarlo, pintarlo, esculpirlo y escribirlo, ser amado como yo lo amo. Yo quisiera lo que no puedo encontrar, lo que no podré tener nunca.

Tu carta me ha hecho mucho daño y perdóname que te lo diga. Esa felicidad tranquila y pura de que disfrutas, esos paseos por los frondosos bosques, esas largas conversaciones tan tiernas y tan

íntimas que se terminan con un casto beso en la frente, esa vida serena y apacible, esos días tan brevemente pasados que la noche los sorprende cuando llega, todavía me hacen encontrar más tempestuosas las agitaciones interiores en que vivo.

Dentro de dos meses debéis casaros, todos los obstáculos han desaparecido y estais seguros de perteneceros para siempre. Vuestra felicidad presente se aumenta con la perspectiva de la felicidad futura. Sois dichosos y tenéis la certeza de serlo más todavía. ¡Qué suerte la vuestra! Tu futura es hermosa, pero lo que tú has amado en ella no es la belleza material, sino la invisible y eterna, la belleza que no envejece, la belleza del alma.

Está llena de gracia y de candor, te ama como saben amar esas almas.

Tú no has pensado si el color de sus cabellos se parecía por sus tintas á esas cabelleras de Rubens ó del Giorgione, te han gustado porque son sus cabellos, y apuesto sin temor de equivocarme, que no te has preocupado por si el tipo de tu futura es griego ó asiático, inglés ó italiano.

¡Oh! ¡Silvio! ¡Qué raros son los corazones que se contentan con el amor puro y sencillo, y que no sueñan ni con una hermita en medio de los bosques ni con un jardín en una de las islas del Lago Mayor!

Si tuviera valor para separarme de aquí, iría á pasar un mes con vosotros. Tal vez me purificase el aire que respirais, quizás la sombra de vuestros jardines prestaría un poco de frescura á mi abra-

sada frente. Pero nó, vosotros residís en un paraíso y yo no debo poner el pie en él.

¡Qué horrible trabajo es el que viene realizándose en mi alma en estos últimos tiempos!

Todos estos alientos de águila para remontarse al sol esta divina melancolía, este amor profundo y contenido, esta religión de la belleza, esta fantasía tan curiosa y tan elegante, este éxtasis con las alas siempre abiertas, este ensueño perpetuamente en flor; toda esta poesía de mi juventud, todos estos dones tan bellos y tan raros, no me pueden servir sino para colocarme muy debajo del último de los hombres.

Yo quiero amar. Voy como un loco llamando é invocando el amor, me estremezco de rabia bajo el sentimiento de mi impotencia, enciendo mi sangre, arrastro mi cuerpo entre el torbellino de los placeres, estrecho contra mi corazón árido y frío una mujer bella y joven y que me ama, hasta el extremo de ahogarla, he corrido tras de la pasión que huía de mí, me he prostituído y he obrado como una virgen que se fuera á un lupanar esperando encontrar allí un amante entre los que la corrupción allí conduce, en lugar de esperar pacientemente en una sombra discreta y silenciosa que el ángel de Dios me reservase, me apareciese en una penumbra con una flor del cielo en la mano.

Pero yo he cerrado los ojos y he marchado derecho al precipicio.

Hoy es necesario que rueda hasta el fondo de esa nueva cima que acaba de abrirse ante mí.

Tú me compadecías antes porque no amaba y hoy debes compadecerme con mayor motivo porque amo, y sobre todo, por el ser objeto de mi amor.

¡Qué desgracia, qué mundo de desventuras se desploma sobre mi vida tan combatida ya!

¡Qué pasión tan insensata, tan culpable, tan odiosa es la que se ha apoderado de mí! El rubor de la vergüenza no desaparecerá nunca de mi frente.

De todas mis aberraciones esta es la más deplorable. No concibo nada, no comprendo nada y parece que todo en mi ser está trastornado y confundido.

Ya no sé ni lo que soy ni lo que son los otros, dudo si soy hombre ó mujer, me horrorizo de mí mismo, experimento impresiones singulares é inexplicables, hay momentos en que me parece que me falta la razón y hasta el sentimiento de mi existencia parece que me abandona.

Durante mucho tiempo no he podido creer lo que era; me he estado escuchando y observando atentamente, he querido definir esta confusión en que se encuentra perdida mi alma hasta que finalmente y através de las tinieblas que la rodeaban he descubierto la afrentosa verdad.

Silvio, amo... Pero no, jamás me atreveré á decírtelo. Pero nada debo ocultarte. Estremécete. Amo á un hombre.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEX.